

LA MANTA Y LA RAYA

NÚM. 18



Universos sonoros en diálogo



FÉLIX CÁGAL



Archivo Andrés Moreno Najera.

La comunidad de Tepancan fue cuna de buenos músicos, quienes siempre estaban atentos a las necesidades de la comunidad para cumplir su función dentro de ella; cuando había el deceso de un niño ahí estaban presentes, en un velorio de santo o en los huapangos, pero lo que más se recuerda eran las fiestas de septiembre, el día quince por la tarde se congregaba la comunidad en el patio de la escuela primaria. Desde temprano se ponía el entablado, a las seis iniciaba la fiesta, los cohetes de arranque anunciaban el festejo, por lo que llegaban músicos y bailadores de las comunidades cercanas, nadie ganaba nada, todos iban por la diversión y porque era una actividad comunitaria.

Entre los músicos de esa época se recuerda a Genaro Sixtega, Reyes Cágal Toto, Simón Cágal Sixtega y de San Isidro Pueblo Nuevo (Hoy San Isidro Texcaltitan) a Celestino Memeche, Hilario Organista y otros músicos que bajaban de su comunidad; entre las bailadoras mentadas por su aguante y por su forma de bailar destacaban Rosa Fiscal Ixtepan y María Toto.

Félix Cágal Temich nació y creció en este ambiente, su padre Simón Cágal Sixtega fue un buen músico y cantador, además su abuelo Reyes Cágal Toto fue otro gran jaranero. Desde muy

niño le entró el gusto por la música, cosa a la que su papa se oponía porque no quería que entrara al vicio de la tomadera, porque era muy común que en las fiestas del huapango se tomara mucha caña.

A escondidas de su papa, a muy temprana edad se las ingenió para hacer con un pedazo de madera y el machete una jaranita, aunque le había quedado chueca, le sirvió para agarrar habilidad en el maniqueo, y así lo explica:

—En aquellos tiempos se escuchaba muy bonita la música, pausada y marcadita, por las noches cuando había huapango rebotaba en los cerros, llegaba lejos, muy lejos y se alegraba la ranchería, nos arrullaba el sonido de las jaranas a los que no asistíamos al huapango, se podía escuchar el taconeo de los bailadores.

Un día en que hubo una fiesta me animé a ir a tocar llevando mi jaranita, tenía en ese tiempo doce años. Habían llegado ya varios músicos, yo iba a escondidas de mi papa, pero me topé que ahí estaba mi tío Genaro Sixtega, él era violineero de los buenos, casi hacía hablar a su violín, se me acercó, me quitó la jaranita y la medio afinó porque no estaba bien punteada y se dirigió a los músicos:

—Aguántense tantito que esta música la voy a tocar con mi sobrino.

—Al momento se puso a tocar su instrumento, pero la música se escuchaba descompuesta porque la jaranita no servía y no se podía afinar bien. Cuando terminó el son se dirigió a un costado, ahí estaba mi papá, dirigiéndose a él le dijo:

—Ya ves que tu hijo lleva gusto, consíguele una jarana al chamaco para que toque y se divierta bien.

—Pero mi papá no quería que aprendiera a tocar por el temor de que fuera a agarrar el vicio del aguardiente en los huapangos.

Ya después me mando a hacer una jarana, pero nunca se la entregaron, luego consiguió una primerita para que tocara. A mí casi no me gustaba salir, tocaba cuando veía a mi abuelito tocar, pero no ir a las fiestas. Más grandecito me fui a trabajar al campo, ayudar a labrar la tierra, a la siembra y todo lo que se hace en la parcela.

A mi papá lo buscaban mucho como embajador, cuando algunos muchachos se querían, sus padres buscaban a mi papá para que hablara por ellos y fijara los términos del casamiento.

Me di cuenta que cuando se buscaba al embajador se le ponían pruebas a las personas que se iban a casar: al varón se lo llevaba el futuro suegro al campo a tirar acahual, a labrar la tierra o a rajar leña, para ver qué tan bueno era con

el hacha, le ponían una troza de cuero para penquear y el hacha rebotaba en la madera y el pobre muchacho terminaba con la mano reventada.

A la hembra se la llevaba su futura suegra y le ponía una cubeta de nixtamal para que lo moliera en el metate, luego echar las tortillas en el fogón. En otras ocasiones, la mandaban al arroyo con una batea con bastante ropa para lavar.

Hasta que se veía que cada uno estaba en condiciones de mantener un hogar, entonces se consentía la boda, ésta fue la razón por la que mejor me robé a mi compañera, ella tenía dieciséis y yo dieciocho años de edad.

Ya casado decidí vivir en San Andrés, ahí conocí a Juan y Mencho Mixtega, mas luego empecé a salir con ellos a los huapangos, a los velorios a donde había diversión, después se nos unió Juan Ramos que era un cantador que conocía muchos versos y tenía buena voz.

Hoy a los setenta y nueve años aún sigo tocando a donde hay diversión, a donde me invitan, la música me da fuerzas y la busco para divertirme el tiempo que me queda de vida.

Andrés Bernardo Moreno Nájera
septiembre 2018



Archivo Andrés Moreno Nájera.

